

DESTEPHEN, Sylvain, 542. *La fin de l'Antiquité*, Paris: Presses Universitaires de France, 2025, 232 págs., ISBN: 978-2-13-087318-1.

Fernando Bermejo-Rubio¹

DOI: <https://doi.org/10.5944/etfii.38.2025.45720>

A nadie se le escapa que la historia es un proceso constante y que el establecimiento de fechas que sirven de puntos de inflexión constituye simplemente una serie de convenciones útiles. La segmentación del pasado en eras consecutivas, entendidas como fases de una evolución global, introduce cortes cuyo carácter artificial y simplificador es demasiado evidente: las distintas épocas que cabe establecer no terminan ni comienzan de manera abrupta. Asimismo, todo historiador sabe bien que, mientras hay un amplio consenso acerca del inicio de la Antigüedad —en las sociedades con escritura, hacia el 3000 antes de la era común—, la determinación del cierre de ese período ha dado lugar a diversas controversias respecto a qué fecha debería considerarse preferible. Mientras que algunos barajan la oficialización de la religión cristiana en el Imperio bajo Teodosio a finales del siglo IV y otros prefieren prolongar el final de la Antigüedad hasta la invasión musulmana de la península ibérica a principios del siglo VIII, es bien sabido que la fecha más comúnmente barajada y aceptada en los manuales es el año 476, cuando tuvo lugar la destitución del último emperador romano de Occidente.

El recentísimo libro de Sylvain Destephen, profesor de historia de la Antigüedad Tardía en la Université Caen-Normandie, 542. *La fin de l'Antiquité*, representa una original e interesante contribución al debate sobre el fin de la Antigüedad y una apuesta detalladamente argumentada por considerar el año 542 como una fecha significativa en el tránsito de la Antigüedad Tardía a la Edad Media. El libro forma parte de la colección titulada «Une année dans l'histoire», en la que cada libro propone, no una historia factual de lo ocurrido en un año determinado, sino más bien una clarificación del sentido y del alcance de ese año concreto en la historia. Se compone de una introducción, seis capítulos y unas conclusiones.

Podría decirse, aunque el autor nunca lo formula de este modo, que el libro comprende una *pars destruens* y una *pars construens*. La primera se restringe a unas pocas páginas iniciales de la introducción, y en ellas se explica por qué el 476 no debería considerarse una fecha clave en ningún sentido. Ciertamente, en ese año fue depuesto el último emperador romano de Occidente, Rómulo Augústulo,

1. Universidad Nacional de Educación a Distancia. C.e.: fbermejo@geo.uned.es
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6406-1262>

pero más allá de su significado simbólico, su trascendencia no es acusada. Por una parte, esta destitución afectó solo a la *pars occidentis*, pues el Imperio romano de Oriente persistiría durante un milenio; por otra, en Occidente la autoridad del emperador era en 476 solo un vestigio o un simple recuerdo de lo que había sido, pues desde décadas atrás quienes detentaban el poder eran generales «bárbaros» más o menos romanizados, mientras que los emperadores eran solo fantoches efímeros instituidos, depuestos, exiliados o eliminados por estos. Si bien a partir del Renacimiento la fecha de 476 fue erigida en un acontecimiento fundamental, lo ocurrido en ese año parece haber sido más bien algo anecdótico, que no fue sentido como un punto de inflexión decisivo.

Esta es la razón por la que Destephen, aun reconociendo el riesgo de reducir ciertas dinámicas al espejo deformante de una fecha, aboga por cuestionar la cronología canónica y centrar el foco en un año poco estudiado: 542. El historiador francés argumenta que en él ciertos acontecimientos se acumulan, se aceleran determinados desarrollos y se concretan ciertas innovaciones, y que lo hacen de una manera mucho más significativa que en la fecha tradicional del 476, de alcance demasiado limitado tanto a nivel político como en lo que respecta a la evolución económica, social y cultural del mundo romano. Sus razones se exponen a lo largo de los seis capítulos del libro.

El capítulo 1 («La nouvelle Rome») comienza el tratamiento de la serie de acontecimientos significativos que se suceden durante el 542. Esa serie comienza enseguida, pues ya el 1 de enero de ese año, Justiniano ordena la abolición del consulado. Lo relevante estriba en que el consulado era la magistratura romana más prestigiosa y más antigua, que desde el principio de la República romana, pero también durante el Imperio, había servido entre otras funciones para datar los años desde más de un milenio antes. Si bien el poder de los cónsules se había visto considerablemente disminuido por la concentración de poderes en la figura del emperador, y a pesar de que en la última época de Justiniano apenas hubo nombramiento de cónsules —el último de Roma fue designado en el 531 y el de Constantinopla en 541—, la abolición de esta magistratura milenaria no pudo sino tener un considerable impacto simbólico.

Otro de los factores que hacen del 542 un año crucial resulta en gran parte independiente de la voluntad humana, pues tiene que ver con ciertos cambios climáticos que comenzaron algunos años antes, cuando la ocultación del sol —probablemente debida a una fuerte actividad volcánica constatada en diversos puntos del globo, y en particular en Islandia— provocó un notable descenso de las temperaturas y un aumento de las precipitaciones en Europa y Asia Central, lo que hizo aumentar la cubierta vegetal que ofreció una alimentación abundante a los roedores, los cuales proliferaron. Ello hizo que cuando surgió una virulenta peste —proveniente con alta probabilidad de Mongolia—, la rata negra (*rattus rattus*) se convirtiera en el principal transmisor de la enfermedad. Aunque se ignora la ruta precisa seguida por el bacilo a través de Asia Central, todo apunta a que las relaciones comerciales

entre el océano Índico y el Mediterráneo a través del Mar Rojo trazaron las vías de la contaminación. Mientras que la peste se constató en el delta del Nilo a finales del 541, llegó a Constantinopla en 542, donde en la primavera golpeó con una inusitada virulencia. La peste, que se transmitió por las pulgas infectadas transportadas por ratas contaminadas, golpeó, sin distinción, a todas las categorías de población, hasta el punto de que se calcula que acabó con la vida de entre un cuarto y un tercio de la población total del Imperio. Ello supuso un obvio punto de inflexión en la historia demográfica y económica del mundo mediterráneo, y más allá.

El capítulo 2 («Le dernier juriste») se dedica a Triboniano, el más brillante de los juristas de época de Justiniano. Originario de Panfilia, una zona que a pesar de su intensa helenización no contaba con centros intelectuales importantes, Triboniano optó por los estudios jurídicos, lo que le obligó a abandonar su región de origen para dirigirse primero probablemente a Berito (Beirut) y más tarde a Constantinopla. Su cultura literaria, sus conocimientos jurídicos y su talento oratorio, además de su ambición, desempeñó en dos ocasiones la labor de *quaestor sacri palatii*, así como de *magister officiorum*, además de principal redactor de la abundante legislación de Justiniano. La última ley que se le atribuye fue promulgada en mayo del 542, y las noticias proporcionadas por la Suda y por Procopio —que afirman que murió de enfermedad— hacen pensar que murió de la peste que se había abatido poco antes sobre Constantinopla. La carrera de Triboniano corresponde a la edad de oro del derecho romano y su desaparición fue contemporánea a su declive.

El capítulo 3 («Le premier inquisiteur») narra la labor evangelizadora e inquisitorial del monje, predicador y cronista Juan de Éfeso, de orientación monofisita y que a través de sus escritos —escribió en siríaco— contribuyó a crear una memoria y una firme identidad en los círculos monofisitas, que durante mucho tiempo fueron perseguidos. A pesar del peligro que corría debido a los esfuerzos del emperador por obligar a los monofisitas a alinearse con la Iglesia oficial, de signo calcedoniano, Juan decidió afincarse en Constantinopla. La paradoja estriba en que, con el tiempo, el monje monofisita se convirtió en un aliado del emperador. Este, con su proyecto de un Imperio universal cristiano, ansió hacer desaparecer los últimos vestigios del paganismo, algo que se intensificó a partir del 529, el año de la clausura de la escuela neoplatónica de Atenas. Ahora bien, consciente de la dificultad de extirpar la antigua religión a pesar del arsenal legislativo con el que contaba, Justiniano confió a Juan la misión de convertir a los últimos «paganos» en cuatro regiones de Asia Menor (Asia, Caria, Lidia y Frigia), y de hacerlo en la confesión de la Iglesia oficial. 542 resulta un año clave pues en él comienza la serie de campañas emprendidas por Juan y sus secuaces —una tropa de monjes y clérigos, tanto de fe calcedonia como monofisita— para completar la labor de cristianización del Imperio. Esta serie de operaciones de conversión, que duraría unos treintaicinco años y que no desdeñó el uso de la violencia física y sobre todo psicológica —destrucción de altares y templos—, contó con la financiación imperial para la construcción de toda una serie de iglesias y monasterios, así

como para aportar subsidios para los bautismos, gracias a los cuales cada nuevo converso recibía una pequeña cantidad que seguramente les ayudó a optar por abandonar sus creencias y prácticas ancestrales. Así pues, también en el ámbito de la cristianización, el año 542 puede ser considerado un punto de inflexión.

El capítulo 4 («La fin de l'empire universel») explica la importancia del 542 en el desarrollo del proyecto de Justiniano de recuperar la parte occidental del Imperio. A finales del 541 Totila fue designado rey de los ostrogodos. Consciente de que la reapertura del conflicto del Imperio romano con Persia en el 540 inmovilizaría los recursos de Justiniano, que no podría sostener dos guerras costosas de forma simultánea y que necesitaba el grueso de sus tropas en la frontera oriental, Totila advirtió que las condiciones se habían vuelto favorables para que los ostrogodos iniciaran la ofensiva. La designación de Totila no tuvo efectos inmediatos en el teatro de las operaciones, pues —como a menudo sucedía en los conflictos premodernos— las hostilidades se interrumpían durante el invierno a la espera de que las inclemencias meteorológicas cesaran. Ahora bien, en la primavera del 542 tuvo lugar la primera campaña de Totila, quien resultó victorioso, dada la desunión de los jefes del ejército de Justiniano y su precariedad numérica y de recursos. Además, dado que en el momento de la contraofensiva de Totila, Constantinopla estaba siendo golpeada por la peste, no fue posible enviar refuerzos significativos al cuerpo expedicionario imperial en Italia. Este estancamiento de la guerra en Italia en el 542 significó el comienzo del fracaso de la reconquista del Occidente romano por Justiniano y el fin de su sueño de restaurar el Imperio universal.

El capítulo 5 («La venue de la cité céleste») examina el uso de la herencia administrativa romana en el reino de los francos, y en especial el papel desempeñado por la Iglesia. Después de todo, a diferencia de lo ocurrido con otros pueblos, como los ostrogodos y los visigodos, que habían adoptado una forma minoritaria y disidente de cristianismo, los francos, a partir de Clodoveo, abrazaron la fe católica «ortodoxa», inscribiéndose de este modo en la tradición romana. Más concretamente, el capítulo examina la acción del importante obispo Cesáreo de Arlés, que durante casi medio siglo rigió los destinos de esta sede donde había nacido (bajo Constantino) una tradición conciliar previa a Nicea. Aunque la *Vita S. Cesarii* constituye sin duda una idealización, revela la amplia y exitosa acción pastoral de un obispo que contribuyó eficazmente a la cristianización de su ciudad y de otras regiones del Imperio occidental, desplegando una actividad infatigable a través no solo de la predicación y de la mejora de la educación religiosa de clérigos y laicos, así como de la creación de monasterios femeninos y de una regla monástica para controlar la vida conventual de las monjas, sino también en la acción de liberación de prisioneros de guerra de todo signo (tanto romanos como «bárbaros»). El 542, año de la muerte de Cesáreo, puede considerarse otro hito en la transformación de una importante ciudad romana en una ciudad más plenamente cristianizada.

El capítulo 6 («La guerre mondiale») analiza el conflicto con el Imperio sasánida bajo Justiniano. A pesar de que la presencia simultánea, en la misma región, del capaz general Belisario y del soberano persa Cosroes, con las respectivas concentraciones de tropas a uno y otro lado de la frontera oriental, dejaban suponer un enfrentamiento decisivo durante el 542, la realidad fue sensiblemente distinta. El hecho de que tuvieran lugar constantes dilaciones y la evitación de choques frontales exige ampliar el campo de observación para comprender las razones profundas del despliegue de tanta prudencia por ambos bandos. Y, una vez más, prestar atención al fenómeno de la peste contribuye a explicar los acontecimientos: la epidemia había alcanzado Constantinopla, pero había golpeado asimismo el Próximo Oriente, ignorando fronteras y diferencias étnicas y políticas. Es probable, simplemente, que los adversarios fueran conscientes de que no disponían de las fuerzas suficientes para combatir de forma exitosa. Bloqueado en Mesopotamia, el conflicto fue exportado hacia otras regiones, de modo que en el 542 los persas fueron capaces de controlar el Cáucaso y lograr el acceso al Mar Negro.

La conclusión del libro recapitula y clarifica los análisis anteriores. En suma, a la luz de los análisis efectuados, 542 parece haber sido un año decisivo en el mundo mediterráneo, así como en otras regiones conectadas con él, como la Europa central, el Próximo Oriente, el Cáucaso o el Cuerno de África. Cabe considerar ese año como un punto de inflexión en la medida en que puede ser considerado el final de ciertas dinámicas —constituye el final del crecimiento demográfico de los siglos anteriores, así como de la reconquista del Occidente romano por parte de Justiniano— y el comienzo de otras. Destephen es lo bastante lúcido como para explicitar que, comprensiblemente, a medida que uno se aleja del mundo romano, esa fecha disminuye o pierde su pertinencia como marcador de civilización y, *a fortiori*, como límite cronológico susceptible de ser utilizado en una periodización significativa.

Un factor que constituye un hilo conductor entre los diversos capítulos del libro es la aparición de la epidemia conocida como «peste de Justiniano», que provocó tanto en el Imperio como en sus vecinos un shock de una intensidad que ni siquiera las fuentes permiten medir en toda su amplitud, y que golpeó sin distinción de sexo, etnia o edad a individuos de las más diversas clases sociales. Los principales focos de concentración humana, como Constantinopla, se convirtieron en verdaderos cementerios, pero también las regiones menos urbanizadas y rurales fueron afectadas, interrumpiendo las labores agrícolas, cortando las comunicaciones y provocando hambrunas. En tales condiciones, el año 542 parece caracterizar el fin de una época. En opinión de este revisor, la importancia concedida a una catástrofe natural de amplias dimensiones como la peste en la explicación de las dinámicas históricas constituye un saludable contrapeso a los obsoletos enfoques tradicionales, centrados en las acciones y las personalidades de los gobernantes, como si estos fueran siempre los factores clave que determinan la evolución de las sociedades.

La propuesta de Sylvain Destephen está presentada de forma clara, informativa, ordenada y convincente. El formato del libro —se trata de un volumen pequeño y manejable— lo hace, además, muy accesible. Dos mapas a color que reflejan el mundo del Mediterráneo y la difusión de la peste, así como una tabla cronológica en la solapa, en la que se enumeran los acontecimientos principales sucedidos durante el año 542, completan el atractivo de una obra reflexiva que merece la atención de cualquier historiador de la Antigüedad.